



# ConVosotros

Semanario de la Iglesia en Ciudad Real

Año XXXVII – n.º extraordinario – D.L.: CR-91/1988 | Noviembre de 2020

## «Dios es buen pagador»



*El 15 de octubre, fiesta de santa Teresa de Jesús, falleció en el hospital de La Paz de Madrid Antonio Ángel Algora Hernando, obispo emérito de la diócesis de Ciudad Real, con 80 años de edad. Durante 13 años fue obispo de nuestra Diócesis de Ciudad Real y desde 2016, obispo emérito.*

# «Nos quedamos con el corazón roto»

*Ciudad Real despidió a Antonio Ángel Algora Hernández, obispo de la diócesis durante trece años, de 2003 a 2016, en una celebración de exequias sobria, contenida, agradecida y emocionada. Fue el 17 de octubre en la Catedral, en una misa presidida por don Gerardo Melgar, actual obispo prior de Ciudad Real. «El Señor, que es buen pagador», como él decía con frecuencia, premie todo lo que entregó con generosidad en los cincuenta y dos años de sacerdocio y treinta y cinco años de obispo. Falleció a causa de la COVID-19.*

*Reproducimos íntegramente la homilía de la misa exequial pronunciada por don Gerardo.*

Queridos Sr. Cardenal, vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española, D. Carlos Osoro. Queridos hermanos arzobispos y obispos que habéis querido y podido acompañar a esta diócesis de Ciudad Real a la hora de despedir de este mundo a D. Antonio en esta eucaristía y pedir por su eterno descanso.

Queridos sacerdotes y consagrados que disfrutasteis de su pastoreo mientras fue vuestro obispo en Teruel y en esta diócesis de Ciudad Real. Seminaristas y fieles laicos todos de Ciudad Real. Familiares y amigos de D. Antonio. Autoridades nacionales, autonómicas y locales, civiles, militares y académicas que nos acompañáis en esta celebración eucarística por el alma de D. Antonio

Para todos, nuestra gratitud por vuestra presencia y vuestra oración por quien fue pastor y obispo de esta diócesis de Ciudad Real: D. Antonio Algora, fallecido como consecuencia del coronavirus.

El domingo 20 de septiembre, nos llega la noticia de que D. Antonio ha sido ingresado con una neumonía bilateral consecuencia de la COVID-19 en el Hospital de la Paz, de Madrid. Dos días de relativa normalidad, y la noche segunda de su estancia en este hospital se agrava su situación: está



en la UCI y su estado es muy grave, lo tienen que entubar y ponen todos los medios a su alcance para luchar contra esta enfermedad. La vida de D. Antonio cada día corre más peligro y se tiene menos esperanza de recuperación hasta que le llega la hora de su muerte.

«Estoy en las manos de Dios», me decía contestándome a un correo que yo le enviaba por la noche el primer día de su ingreso en el Hospital de la Paz de Madrid. Estaba sereno, en las manos de Dios, y dispuesto a aceptar lo que el Señor quisiera de él.

D. Antonio era una persona alegre, con su comentario gracioso, espontáneo, para cada ocasión, andarín y deportista, que tantas veces recorrió, sin que nadie le dejara atrás el Camino de Santiago. Una persona cuya presencia, salud y vida terrena parecía que no corría peligro alguno, pero este pequeño, pero maligno virus, hizo carne en él e hizo estrago en su vida hasta el punto de acabar en pocos días su estancia entre nosotros.

Con la muerte tantas cosas que parecían fijas, se descolocaron; tantas que eran relevantes, perdieron su importancia y urgencia; solo nos queda en el corazón la evocación del poeta palentino, Jorge Manrique en Coplas a la muerte de su padre, don Rodrigo: «cómo se pasa la vida y cómo se viene la muerte tan callando». Solo es im-



*11 de abril de 2016. Primera visita de don Gerardo a Ciudad Real tras el anuncio de su nombramiento como obispo de nuestra diócesis*

portante lo que en Dios nace y a Él retorna, tras haber consumido el tiempo fugaz regalado por su divina providencia.

Don Antonio fue un obispo cercano, afable, servicial, sencillo en el trato y las formas. Tuvo un trato exquisito con su antecesor, D. Rafael, así como con los sacerdotes enfermos y ancianos.

Le preocupó siempre la coherencia de vida tanto en sí mismo como en todos aquellos que formamos la Iglesia: sacerdotes, religiosos y laicos, lo mismo que en los dirigentes y líderes civiles y sociales. Una persona íntegra, con una personalidad bien definida y sin

zonas oscuras, que en el trato con él daba a conocer, sin pretenderlo, sus prioridades humanas, espirituales, pastorales y sociales.

D. Antonio fue un obispo muy activo y, a la vez, orante. Su actividad nunca menguó el cultivo de su vida espiritual ni el trato personal con el Señor. La actividad no lo alejó de su contacto continuo y del diálogo con el Señor, ni la oración disminuyó nunca ni en nada el trato abierto con los hombres. Supo unir en el afán de cada día acción y contemplación.

En su vida y en sus escritos estuvo siempre muy presente la Doctrina Social de la Iglesia. Su lucha por la dignificación del mundo del trabajo, la promoción del mundo obrero, la evangelización de los perseguidos por causa de la justicia fue una de las constantes más significativas de todo su ministerio episcopal y una constante en sus gestos y en su predicación.

En esta celebración eucarística eucaristía hacemos memoria de la muerte y la resurrección de Cristo a las que asociamos la muerte y la resurrección de nuestro hermano: el obispo Antonio.

Nuestra celebración es una profesión de fe en la resurrección de Cristo a la que somos incorporados en nuestro bautismo. Así lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica: «Por el Bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de



*En la misa concelebraron el cardenal arzobispo de Madrid, Carlos Osoro, el arzobispo de Toledo, Francisco Cerro, los obispos de Albacete, Córdoba, Sigüenza-Guadalajara, Teruel, el obispo emérito de Segovia y uno de los obispos auxiliares de Madrid, José Cobo*

arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y “vivir una vida nueva”» (n. 537). Esta es la realidad que estamos celebrando. Desde nuestro bautismo iniciamos el camino hacia la eternidad; comenzamos un proceso de transformación. En Cristo transfigurado se revela la transformación que acontece en el curso de toda la vida humana. Creemos en la transformación que supone pasar de la muerte temporal a la vida eterna.

El evangelio de la parábola del grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto, nos muestra la gran parábola de la vida. En el surco de la vida de cada uno de nosotros, en el que Dios va depositando pacientemente esa semilla, y antes de que el fruto aparezca hay todo un proceso de espera y de purificación, de morir al hombre viejo para ir resucitando al hombre nuevo, hasta que, definitivamente, ese hombre totalmente nuevo resucite y reciba el premio del fruto que hemos logrado con la ayuda y la gracia del sembrador.

Por medio de D. Antonio y su ministerio sacerdotal y episcopal, Dios ha repartido gracias abundantes a los fieles de los que él ha sido su pastor. Seguro que su vida ministerial y sus desvelos quedarán vivos,



*Sobre el féretro se dejó una casulla blanca, su mitra, el evangeliario y el báculo, signos sacerdotales y episcopales*

siempre en la memoria de quienes le hemos conocido y, junto a nuestro recuerdo también nuestro agradecimiento por todo cuanto Dios regaló a esta diócesis, a través de la vida y el ministerio de D. Antonio.

Él ya no puede concelebrar con nosotros como lo ha hecho en otras muchas ocasiones. Nosotros hoy lo hacemos por él y lo tenemos presente en esta eucaristía con nuestro afecto agradecido y elevando nuestra plegaria al Dios de la vida por su eterno descanso y pidiendo al Buen pastor, que use de misericordia

con él y con los fallos humanos que él pudiera haber tenido; que perdone sus pecados y lo reciba en la gloria como premio a toda su entrega ministerial que él tuvo en su vida como creyente, como sacerdote y como obispo.

Que María, bajo la advocación de la Virgen del Prado, a la que él rezaba cada día, lo reciba como madre y lo acompañe ante el Padre para que, lleno de misericordia, lo reciba en su Reino y pueda gozar para siempre de la bienaventuranza eterna. Que así sea.



*El cuerpo de Antonio Algora se inhumó en la vía sacra de la Catedral, a continuación del obispo Rafael Torija de la Fuente*

# Hombre de Dios para los hombres

TOMÁS VILLAR SALINAS. VICARIO GENERAL



*Don Antonio, junto a don Rafael Torija (izq.) y Tomás Villar (dcha.), en la apertura del Año Jubilar de san Juan de Ávila el 5 de enero de 2013*

Con cierto temor y temblor trato de enunciar algunos rasgos de la semblanza de don Antonio porque al aproximarme a su vida, gastada por el servicio apostólico, tengo la sensación de que piso terreno sagrado. Repasando algunos rasgos biográficos de su vida encuentro como característica dominante en ellos su bondad. Supo ser un hombre bueno, un buen cristiano y un buen pastor. Una bondad no tanto inata cuanto comunicada por Dios por dedicar su vida al servicio divino y al de sus hermanos los hombres.

A don Antonio le preocupaba la coherencia de vida en su persona, en las personas que formamos la Iglesia (sacerdotes, religiosos y laicos) y en los dirigentes civiles y sociales. Trató de ser una

persona íntegra, con una personalidad bien definida y sin zonas oscuras. Desde mi relación con él y humilde observación se puede decir de su persona lo que Jesús dijo de Natanael: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño» (Jn 1, 47). En el trato con él resultaba fácil conocer sus prioridades humanas, espirituales, pastorales y sociales.

Su vida episcopal la enriquecía diariamente en el trato diario con Dios. Los seminaristas y formadores de nuestro seminario han sido testigos porque vivió entre ellos. Aunque fuese mucha la actividad pendiente —que es característica común en los obispos— no descuidaba el encuentro personal con Jesucristo a través de la oración personal, de la liturgia de las horas y de la celebración eucarística.



*Roma, marzo de 2006. Don Antonio junto a Tomás Villar (izq.) y Miguel Esparza (dcha.)*

Seguramente escuchó muchas veces las palabras que Cristo dirigió a Marta en Betania: «Solo una cosa es necesaria. María ha escogido la parte mejor y no le será quitada» (Lc 10, 41). Su vida de cada día la centró en el sacra-

mento de la Eucaristía. Esta constituyó el centro neurálgico de su ministerio y por eso repetía constantemente en su predicación que el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Jesús debía ser nuestra referencia constante para no poner límites a nuestra obediencia a Dios y al servicio desinteresado a los hermanos.

Don Antonio amaba a la Iglesia, creía en ella y en todo momento manifestaba la comunión con ella. Era un hombre eclesial. Su amor al papa y a sus hermanos obispos estaba por encima de sus preferencias pastorales. Éstas nunca fueron obstáculo que debilitaran la comunión y el trato fraterno con sus hermanos del episcopado, con los sacerdotes, religiosos y el pueblo de Dios a él encomendado. Un gesto dicente, y que le honra, ha sido el trato exquisito que tuvo con su antecesor, don Rafael Torija, así como con los sacerdotes enfermos y ancianos.

Como hombre agraciado por el don del ministerio episcopal ha dedicado su tiempo y energías al ejercicio del ministerio pastoral. Durante trece años nuestra Iglesia de Ciudad Real ha disfrutado de su entrega sin medida. ¡Cuántas gracias debemos darle a Dios por su disponibilidad, unión con Cristo y compromiso apostólico! La mirada a Dios y al quehacer apostólico seguramente empezó a fraguar-

lo en el seno de la Acción Católica y continuó ejerciéndolo a lo largo de su vida sacerdotal y episcopal.

Muchos se refieren a él como un obispo cercano, afable, sencillo en el trato y las formas, dialogante y servicial. Serían incontables los gestos que avalan esta descripción de su personalidad y que puso de manifiesto a lo largo de su ministerio. Don Antonio fue un buen conocedor de la geografía y actividad pastoral de la diócesis. No tenía pereza en coger el coche. Aunque la diócesis de Ciudad Real es geográficamente muy extensa, realizó dos visitas pastorales y se hizo presente en aquellos acontecimientos a los que le invitaban. Siempre mantuvo una actitud servicial hasta el punto de concretarse muchas veces en poner a disposición de los demás su maña y afición por la mecánica y la informática.

Un lugar destacado en su preocupación pastoral lo han ocupado los adolescentes y jóvenes. Don Antonio supo compartir con ellos inquietudes y actividades. Tenía una sensibilidad especial para ellos. Iba y estaba dónde iban y estaban y no le dolían prendas de dedicar recursos para la pastoral juvenil. Se hacía presente en todos los encuentros organizados para los jóvenes y por los jóvenes. Los acompañó como peregrino en el camino de Santiago, en las marchas de adviento, vigiliadas de oración y campamentos. Seguramente muchos de estos jóvenes llorarán hoy su muerte.

Muchos lo clasifican como que un obispo social. Ciertamente la doctrina



*Tomás Villar, durante el funeral de Antonio Algora, coloca el báculo sobre el féretro*

social de la Iglesia fue una referencia constante en sus escritos. Durante muchos años fue nombrado en la Conferencia episcopal el obispo consiliario de la pastoral obrera. Hasta su muerte ha estado acompañando a los movimientos apostólicos de Acción Católica y cercano al movimiento obrero. Pero esta referencia brota en él de una fuente anterior: su referencia a las bienaventuranzas evangélicas. La evangelización de los pobres, de los que sufren y lloran, de los drogodependientes y encarcelados, de los que viven la falta de trabajo digno, de los perseguidos por la justicia... fue una constante en sus gestos y en su predicación. Era pronto para en-

contrarse con ellos y no les faltó nunca su acompañamiento.

En pocas palabras, se puede afirmar de don Antonio que nunca pidió ni exigió nada para sí. Lo que reclamaba para otros, no lo reclamaba para él. Aceptaba lo que le ofrecieran y nunca se quejó ante las críticas y el olvido injusto que otros tuvieron con él. Su pudor cristiano le impedía expresar un comentario quejicoso o un gesto de desagrado. Su muerte nos invita a todos los cristianos de la diócesis de Ciudad Real a dar gracias a Dios por habernos concedido disfrutar durante trece años del regalo de su persona y del don de su ministerio episcopal.



*29 de noviembre de 2015. Marcha de Adviento en Ciudad Real*

# Lo que los movimientos especializados de Acción Católica debemos a Antonio Algora

FERNANDO CARLOS DÍAZ ABAJO. CONSILIARIO GENERAL DE LA HOAC

En los últimos años, los movimientos especializados de la Acción Católica (JEC, JOC, HOAC, FRATER, Profesionales cristianos, Movimiento Rural Cristiano y Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos) hubimos de someternos a un proceso de reflexión y discernimiento que estableció la Conferencia Episcopal Española, que ha durado algo más de tres años. Este proceso nació no exento de mutuas desconfianzas entre los movimientos y la Conferencia Episcopal, por las relaciones habidas en los años inmediatamente anteriores, sobre todo a raíz del proceso de integración del Movimiento Junior en la nueva Acción Católica General.

El proceso se desarrolló de manera completamente distinta a la inicialmente prevista por todos, y se convirtió en un momento de gracia, en el que se produjo un serio discernimiento en los distintos movimientos acerca de su identidad, misión evangelizadora y aportación actual a la misión evangelizadora de la Iglesia y una apertura a la escucha y acogida por parte de los obispos hacia esta manera eclesial de ser que viven los movimientos especializados, para reconocer, en fin, la necesidad de esta presencia eclesial en los diversos ambientes a donde no podemos llegar con la parroquia simplemente.

En todo este proceso los movimientos estuvimos siempre acompañados de Antonio Algora, que ayudó a realizar ese discernimiento, a vivir con esperanza el proceso, y a redescubrir lo que la Iglesia necesitaba de los movimientos en este momento de la historia.

El aporte de Antonio Algora nacía sobre todo de la convicción de que esta Iglesia —laical por nuestro bautismo— no puede realizar su misión sin contar con la presencia y la misión que el laicado está llamado a desempeñar por su propia responsabilidad bautismal, y al convencimiento de que, en esta Iglesia nuestra, hemos de seguir contando con un laicado adulto en la fe, capaz de vivir sus ser y misión. Eso supone una actitud de confianza, de dejar

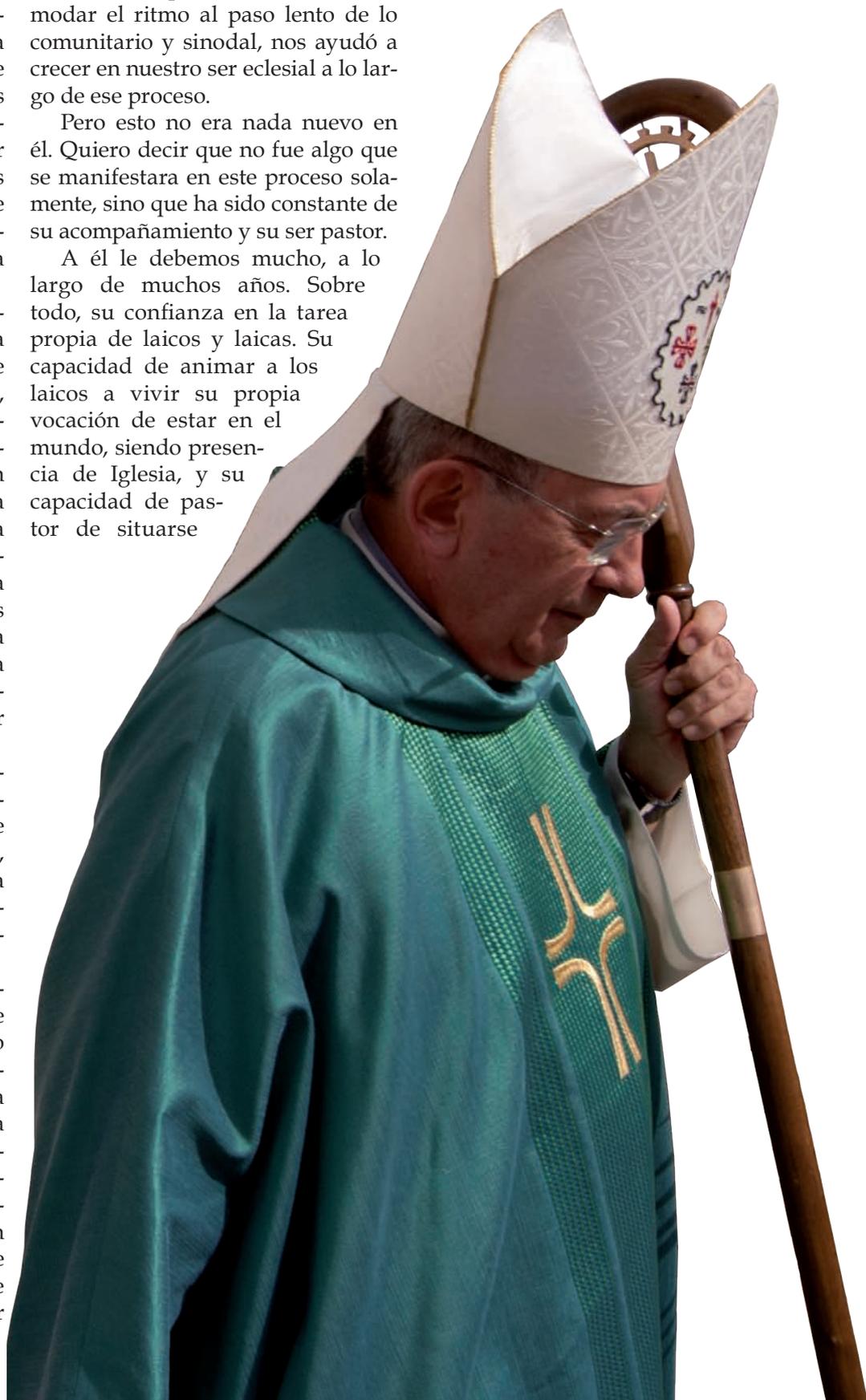
caminar, de acompañar, de estar dispuesto a acompañar también en los errores y los tropiezos, para ayudar a levantarse y continuar el camino.

Su manera de ser pastor, de indicar errores, de valorar aciertos, de animar tareas, de indicar caminos, de suscitar esperanza, de saber acomodar el ritmo al paso lento de lo comunitario y sinodal, nos ayudó a crecer en nuestro ser eclesial a lo largo de ese proceso.

Pero esto no era nada nuevo en él. Quiero decir que no fue algo que se manifestara en este proceso solamente, sino que ha sido constante de su acompañamiento y su ser pastor.

A él le debemos mucho, a lo largo de muchos años. Sobre todo, su confianza en la tarea propia de laicos y laicas. Su capacidad de animar a los laicos a vivir su propia vocación de estar en el mundo, siendo presencia de Iglesia, y su capacidad de pastor de situarse

siempre al lado de los seglares, para hacer camino juntos. Lo hacía de la misma manera que anduvo muchos años el Camino de Santiago: paso a paso y codo con codo, como uno más, caminando con todos.



# Un obispo con nosotros

*Don Antonio disfrutaba entre los jóvenes, haciendo el camino de Santiago o acompañándolos en las actividades que preparaba la Delegación de Juventud de la Diócesis. En las peregrinaciones solía caminar entre ellos, que se acercaban para hablar con él.*

*Disfrutó junto a la cruz de los jóvenes y el icono de María de san Juan Pablo II, cuando se preparaba la JMJ de Madrid, recorrió los pueblos con el grupo de jóvenes que trasladaba la cruz y el icono.*

*Del mismo modo, no faltó a la cita con los jóvenes que peregrinaron a las Jornadas Mundiales de la Juventud: la JMJ de Colonia en 2005, la de Madrid en 2011 y la de Cracovia en 2016, ya como obispo emérito. También estuvo en la peregrinación europea de jóvenes a Santiago en 2010 o en el encuentro europeo de Ávila en 2015.*

*Escribe José Felipe, que comenzó a ser delegado diocesano de Pastoral de Juventud en 2009.*

JOSÉ FELIPE FERNÁNDEZ LÓPEZ.  
DELEGADO DIOCESANO DE  
PASTORAL DE JUVENTUD

«Un obispo con nosotros» es la afirmación que puedo hacer de la relación de don Antonio Algora con la pastoral juvenil. Y lo hago por dos razones, principalmente:

La primera es su preocupación sobre lo que hacíamos pastoralmente con los jóvenes. Han sido muchos los momentos de trabajo pastoral con don Antonio desde aquel 2009 en el que nos reunimos un equipo de sacerdotes y laicos jóvenes para plantear un proyecto de pastoral juvenil a dos años. Después de casi una hora y media presentándole el proyecto, nos dijo sonriendo: «Cualquiera os dice que no». E hizo suyo ese proyecto, nos apoyó en todo momento.

*2 de diciembre de 2010, durante la visita de la cruz de los jóvenes del papa Juan Pablo II a la Catedral*

Cuando la cruz de san Juan Pablo II recorrió nuestra diócesis, supo acoger al grupo vocacional que la acompañó. Eran unos días de mucho trabajo, agotadores, y estuvo siempre al lado de los jóvenes, pasando por cada pueblo, por cada comunidad.

Reconoció la dificultad de nuestro camino y nos supo apoyar. Siempre tendré que agradecer aquellas ocasiones en las que, agobiado por la situación que podíamos estar viviendo, pasaba por su despacho y escuchaba mis inquietudes, preocupaciones y cansancios y, después de escuchar, me animaba a continuar.

Después de todo el trabajo para la JMJ de Madrid que llevábamos meses haciendo, antes de dar una catequesis de la JMJ en una de las parroquias de Madrid llenas de jóvenes, me dijo: «Esta catequesis la estoy dando por el trabajo que vosotros habéis desarrollado en la diócesis». Escuchar eso hacía que los cansancios se relativizaran y dijeras: «adelante». Fue un apoyo y un ánimo continuo en el trabajo.

En lo pastoral, me gusta remarcar que siempre nos dijo ese «adelante» desde tres principios:

1. De él aprendimos que la pastoral es «hacer hacer». Implicar a los jóvenes en la acción pastoral. Él decía a los jóvenes que no eran el futuro, sino el presente de la Iglesia.

2. «Levar la carretilla boca arriba». Siempre estar dispuesto al servicio.

3. «Dar gracias». Hay delegados de pastoral juvenil de otras diócesis que recuerdan que, en el encuentro



*3 de diciembre de 2011, en la Marcha de Adviento de Argamasilla de Calatrava*

nacional de delegados de pastoral juvenil, que se celebró en nuestra diócesis, durante la misa que nos presidió, no dejó de dar las gracias por la labor que estábamos haciendo.

Pero aún con todos estos recuerdos pastorales, la segunda razón de este artículo es, al menos para mí, más importante: don Antonio estaba a gusto entre los jóvenes. Seguro que muchos lo recordamos, en tantos encuentros, sentado en un banco, hablando con los jóvenes, sintiéndose uno más del grupo.

En 2009, en mi primera Marcha de Adviento como delegado, en Herencia, me quedé esperando al obispo cuando llegó al pueblo, para re-

cibirlo y acompañarlo. Me reuní con él y fuimos viendo lo que hacían los jóvenes, pasando por los lugares de las actividades, nos tomamos un café y, cuando le pregunté qué quería hacer, me dijo: «Mira José Felipe, tú seguro que tienes muchas cosas que hacer, así que tranquilo que yo iré donde quiera». Sorprendido, se lo agradecí y fui a preparar tantas cosas como había que hacer, mientras que él se movía con libertad de aquí para allá. Estaba cómodo entre los jóvenes.

Gracias don Antonio por su apuesta y servicio. Interceda y siga apoyando desde el cielo a la pastoral juvenil.



*Junto a un grupo de jóvenes el 2 de agosto 2010 en Oseira, durante la Peregrinación Europea de Jóvenes (PEJ) a Santiago de Compostela*



*5 de diciembre de 2010, peregrinando a Urda con la Cruz de los jóvenes y el icono de María*

# El Seminario, su hogar

EUSTAQUIO CAMACHO ALDAVERO. FORMADOR DEL SEMINARIO ENTRE 2005 Y 2017

Don Antonio eligió al Seminario como su casa y su familia, y allí residió los trece años de pastor de nuestra diócesis. Era el hogar que precisaba al volver de su actividad pastoral, frecuentemente a horas tardías. En tiempos de visita pastoral apenas pasaba los miércoles en Ciudad Real, ausentándose todo el resto de la semana.

Respetaba la autonomía de los formadores en la organización del Seminario, aunque su carácter primario y espontáneo le empujaba a dar sugerencias sobre todo tipo de temas. De natural conversador y expansivo, se mostraba sin embargo muy reservado en el Seminario con respecto a los asuntos del gobierno de la Diócesis y más aún a las reuniones privadas. Desde el primer momento, la presencia del obispo impactó en dos aspectos cruciales en la formación de los seminaristas. El primero, su constancia en la oración a primera hora de la mañana, en invierno como en verano. El otro, su dedicación a la Diócesis y su conocimiento al dedillo de los pueblos y aldeas y de sus gentes, como daba prueba en las conversaciones con los seminaristas.

Su afición por la electrónica y la informática era legendaria, su mayor hobby junto a los relojes de cuerda. De estos reparó y dejó en perfecto estado a unos cuantos dados por inservibles, tanto en el seminario como en otras casas de la diócesis. De aquella, decir que la iluminación automática del seminario la realizó él en sus vacaciones con un trabajo que encontraba relajante. Amaba el baloncesto y le fascinaban las películas de ciencia ficción.



*El curso de Fundamentación de 2015 junto a don Antonio (a su lado, Eustaquio Camacho), en el día de su cumpleaños (2 de octubre) en la capilla del Seminario*

Con los seminaristas don Antonio adoptaba un trato desenfadado colocándose a su altura. A los más pequeños los desafiaba con el manejo de la informática y presumía de su «Atleti». A los mayores les enseñaba a cantar o a celebrar la liturgia, frecuentemente con humor. Prefería conocer a los seminaristas en su actividad cotidiana (forma de estar, aspecto, anécdotas del día a día) que llamarlos a conversaciones formales. En ello tenía que ver que confiaba en su perspicacia para adivinar el estado interior de los jóvenes. Se conocía a todos los seminaristas, sus aficiones y casi a todas las familias.

Una debilidad suya eran aquellos adolescentes rebeldes, incluso

los más agresivos, que procedían de familias desestructuradas o que habían sufrido un gran dolor. Nos confesaba sentir por ellos una gran ternura desde el tiempo en que él organizaba las colonias infantiles de Hermandades del Trabajo, y nos pedía a los formadores que cuidásemos con mimo a los adolescentes que vieran semejantes circunstancias.



*6 de octubre de 2012, en Roma junto a los seminaristas peregrinando para la proclamación de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia*



*6 de octubre de 2012. En Roma, junto a los seminaristas, para el doctorado de san Juan de Ávila*

# La biografía de don Antonio

Don Antonio Ángel Algora Hernández nació en La Vilueña (Zaragoza), el día 2 de octubre de 1940. Cursó los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Madrid. El 23 de diciembre de 1967, fue ordenado sacerdote y quedó incardinado en la que entonces era la Archidiócesis de Madrid-Alcalá. Estudió Sociología en el Instituto Social León XIII, de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid.

Desde 1968 a 1973, desempeñó el cargo de consiliario de las Hermandades del Trabajo en Alcalá de Henares. Trasladado a Madrid como consiliario de los jóvenes de las Hermandades del Trabajo, sustituyó al fundador, don Abundio García Román, en 1978, como consiliario del centro de Madrid.

El 9 de octubre de 1984, fue nombrado vicario episcopal de la Vicaría VIII de la Archidiócesis de Madrid.

El 20 de julio de 1985 fue nombrado Obispo de Teruel y Albarracín y consagrado obispo el 29 de septiembre de ese mismo año por el nuncio apostólico en España, Mons. Tagliaferri.

El día 20 de marzo de 2003, al aceptar el Santo Padre la renuncia, por razones de edad, de Mons. Torija al gobierno pastoral de la Diócesis de Ciudad Real, fue nombrado obispo de ésta con el título honorífico de Prior de las Órdenes Militares. Tomó posesión el día 18 de mayo de 2003 en la Santa Iglesia Catedral Basílica, de manos de don Rafael Torija.



*Junto a su familia, don Antonio era el más pequeño de cuatro hermanos*

El 2 de octubre de 2015, después de doce años como obispo prior de la Diócesis de Ciudad Real, presentó la renuncia al gobierno de la diócesis por razones de edad. El 8 de abril de 2016 se anunció que lo sucedería Gerardo Melgar Viciosa, en ese momento obispo de la diócesis de Osma-Soria, que tomó posesión el 21 de mayo de 2016.

Desde ese momento, Antonio Algora residió en Madrid, celebrando la eucaristía a diario en la parroquia Santa María la Mayor y San Julián, en el distrito madrileño de Tetuán. Además, continuó acompañando a Hermandades

del Trabajo, tal y como comenzó en sus primeros años de sacerdocio.

En la Conferencia Episcopal Española fue miembro de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, y como tal, obispo responsable del Departamento de Pastoral Obrera desde el año 1990. También fue miembro, desde 1993, del Consejo de Economía y el responsable del Secretariado para el Sostenimiento Económico de la Iglesia hasta noviembre de 2016. Además, fue miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social de 1987 a 1999. Fue también miembro de la «Junta San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia», que se creó con el encargo de preparar la Declaración y la promoción de la figura del nuevo Doctor.

También fue presidente de la Fundación Pablo VI y, en los años en los que fue obispo de Ciudad Real, copresidente de la Comisión Mixta Iglesia-Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Con el cambio en la organización de la Conferencia Episcopal y la aprobación de sus nuevos estatutos en noviembre de 2019, quedó como miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y Promoción humana. De marzo de 2020 a septiembre de 2020 fue el obispo responsable del Departamento de Pastoral Obrera de esa Comisión Episcopal.

Falleció a causa de la COVID-19 el 15 de octubre de 2020, fiesta de santa Teresa de Jesús, en torno a las cuatro de la tarde.



*Ordenación episcopal en Teruel, el 29 de septiembre de 1985*

# Hasta mañana en el altar.

Hoy don Antonio, nuestro obispo emérito,  
deja la tierra y hasta el cielo vuela.  
Llora la diócesis y el llanto triste  
todo lo inunda.

Cuerpo regresa con amor al polvo,  
alma se eleva con amor al cielo,  
todo es amor y en el amor aguarda  
nueva la vida.

Dios de la paz, que sobrepasa todo  
entendimiento, guardará por siempre  
el pensamiento y corazón en Cristo,  
nuestro Señor.

Guarde Jesús tu corazón amigo,  
tu corazón y tu humildad de apóstol,  
ángeles salgan a esperarte y abran  
puertas celestes.

Vivas eternamente junto al Padre,  
goces del Hijo la amistad eterna,  
Santo el Espíritu reciba el alma  
de nuestro obispo.

*Jerónimo Anaya Flores es antiguo alumno de nuestro Seminario de Ciudad Real,  
licenciado en Filología Hispánica, escribió este poema el día del funeral de don Antonio*

Vuélvase el llanto de los ojos gozo  
pues hoy contemplas la belleza suma,  
mientras nos dejas la feliz memoria  
de tu palabra.

Voz en tus labios que era voz de Dios,  
grito del hombre que hasta Dios subía,  
Dios que bajaba entre tus manos santas  
hasta los hombres.

Hombre de Dios para los hombres fuiste:  
dulce silencio de la Eucaristía  
llena tus días y tus días llenas  
de hondas caricias.

Guarda la tierra de la Catedral  
cuerpo que espera la resurrección.  
Vela su tumba con amor de madre,  
Virgen del Prado.

Llega la noche y el obrero espera  
dulce el descanso y el feliz salario,  
porque el Señor que le llamó es siempre  
buen pagador.

Fotos: Con buena luz (de la misa exequial), archivo familiar y Delegación Diocesana de Comunicación de Ciudad Real

Director: Miguel Á. Jiménez Salinas • Edita: Delegación MCS c/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real. Tel.: 926 250 250 • Correo: comunicacion@diocesisciudadreal.es